

los caracteres propios de un apóstol. Enseñad á todas las gentes, dijo Jesus á sus apóstoles (1), y cual si á solo Antonio hubiese sido dirigida esta mision sublime, no de otro modo se apresura á llenar su santo ministerio. Corre, vuela cual rayo agitado de los vientos. Ya está en Sicilia, de Sicilia se dirige á Mesina, de allí vuelve á Asis, luego á Emilia, en seguida á Orvilio, despues á Verceli; y por do quiera que se fijan los piés de este evangelizador de la paz, dejan impresas las huellas de la verdad y de la fe. Pasa por Berri, y á su tránsito derrama las luces del Evangelio por el Languedoc, la Bretaña, la Champaña y la Aubernia. El Cremonés, el Genovesado, el Ferrarés, el Milanésado, todos le escuchan, le admiran, le bendicen.... ¿Intentan retenerle....? En vano; cual meteoro fugaz, se escapa de entre sus manos, y vuela á Padua, á donde le llaman los intereses de la casa de su Dios. Aquí predicando el Evangelio, conoce por revelacion divina el peligro en que se halla su padre de perder la vida en un suplicio, víctima de una atroz injusticia; y en el mismo momento, déjase ver en Lisboa, resucita á un muerto que declare la inocencia del autor de sus dias, le liberta del cadalso, y vuelve á Padua sin que los circunstantes se aperciban del prodigio.

¿Qué importa que los herejes de Rimini y de Tolosa preparen venenos contra su antagonista Antonio? ¿No prometió el Salvador á sus enviados que beberian la ponzoña, sin experimentar lesion alguna? (2) Pues así se verificó en nuestro apóstol, á quien el tósigo que le propinaron sus enemigos pareció un licor suave y delicioso. Y cuántas veces triunfó de la muerte con su oracion fervorosa! ¡Cuántas inutilizó los planes de los hijos del error con sola la señal de la cruz! Con solo pronunciar su nombre, ¿no hizo retroceder yertos de espanto á unos foragidos emboscados para quitar la vida á un sacerdote? Ah! Muchos volúmenes no bastarian para referir los multiplicados signos con que el Señor ilustró el apostolado de Antonio. No pasaremos empero en silencio la ilustre victoria que reportó contra Excelino tirano de Verona.

Era este gefe de los ejércitos del cismático Federico, hombre feroz y vengativo, que entrando á sangre y fuego en las floridas provincias de Italia, sembró por donde quiera la desolacion

(1) *Matth. c. 28. v. 19.* (2) *Matth. c. 16. v. 18.*

y el espanto. Padua y Verona fueron las dos ciudades en donde con mas saña ejerció su despótico poderío este Faraon protervo. Viéronse millares de ciudadanos pasados á cuchillo ante las aras de su inhumanidad. Las calles y las plazas teñidas en la sangre inocente de vírgenes virtuosas, de cariñosas madres, de jóvenes indefensos, ofrecian el espectáculo mas horrible al par que lastimero. Los Atilas, los Narsetes, los Belisarios, los Godos, los Hunos, los Longobardos, toda aquella plaga de bárbaros que en los siglos medios cayeron sobre la Italia como las águilas sobre la inocente presa, no habian sido mas que un bosquejo del soberbio y furibundo Excelino. Extranjero su corazon á todo sentimiento de humanidad, ni se conmovia con las lágrimas, ni se dejaba enternecer con las súplicas, ni le condolían las miserias. Enemigo de toda ley y de toda verdad, la religion no merecia de él la menor consideracion. Aquí profanaba los altares, allí incendiaba los templos; ora robaba con sacrilega mano los vasos preciosos destinados al servicio de Dios, ora... No es posible continuar este negro cuadro. Infeliz Italia! Iglesia desgraciada! ¿Es posible que no haya quien cure tus heridas? ¿Habrás de ser el ludibrio de ese Antioeo impío, y víctima de su insaciable saña? ¿Dónde estás, Dios mio? ¿Qué se ha hecho de vuestro poder? ¿Veis los males que aflijen á vuestra esposa, y pareceis dormido: oís los lamentos de sus hijos y permanecéis indiferente. ¿Acaso habeis decretado el total exterminio de la ciudad y del santuario?

No, católicos; ya está cerca el momento apetecido; ya Dios ha designado al que debe romper las cadenas de la tiranía de Excelino, y solazar las desgracias de la hija de Sion. Antonio de Padua es el siervo amado del Señor en quien se complace su alma, y en quien ha derramado el espíritu de fortaleza, para que se oponga á las demasías del Faraon de Italia. Vedle en su presencia. Como verdadero apóstol de Jesucristo, nada teme, nada le acobarda. ¿Hasta cuándo, le dice, hasta cuándo ha de durar tu furor insano? ¿Es posible que cual venenosa vívora no te canses de despedazar las entrañas de tu madre? Si no te conduelen sus males, si eres incapaz de conmoverte con sus desgracias, ¿serás indiferente á los castigos que te amenazan? El cielo armado de sus rayos exterminadores, ¿no será suficiente para contener el impetuoso curso de tus profanaciones? ¿Juzgas acaso prevalecer contra el Dios de los ejércitos? No advier-

tes que la sangre que tus manos han vertido, pide contra ti una venganza horrorosa? Cese ya tu furor, acábase tu inhumanidad, arroja esas armas que contra el Omnipotente has empuñado, ó prepárate á ser su víctima.

Viérais, católicos, temblar á Excelino delante de Antonio; viéraisle palidecer á medida que este nuevo Pablo esforzaba sus reprehensiones llenas de una santa severidad; viéraisle postrarse á sus piés como un cordero manso, gemir, suspirar, echarse al cuello una soga en señal de penitencia, y suplicar rendido nuestro héroe que interpusiese sus ruegos ante el divino acatamiento para obtener el perdón de sus culpas. Oh insigne Paduano! Triunfaste; la religion no ménos que la humanidad te son deudas de la paz que disfrutaban; de hoy mas tu nombre será en bendición en toda la Italia; ella te apellidará su libertador, te aplaudirá como á su ángel tutelar, y no cesará de repetir tus alabanzas. Tú reprodujiste los bellos siglos de los Ambrosios y de los Leones; tú como los Moises y Elías quebrantaste el orgullo de príncipes protervos y empedernidos; tú en fin como el grande Pablo hiciste triunfar la verdad en presencia de un nuevo Sergio, y te hiciste merecedor de la gloria del apostolado.

Contemplemos últimamente á nuestro héroe ilustrando los pueblos como doctor. Si me preguntáreis, católicos, dónde y cuándo este hombre prodigioso adquiriese la ciencia profunda, la vastísima erudición de que estuvo adornado, difícil me sería satisfaceros. Tal vez no erraría si os digese que como san Pablo se elevó á la cumbre del cielo, y que allí fué donde oyó todos los arcanos que no es lícito á la lengua explicar. Lo cierto es, que si su humildad profunda le obligó un día á observar el mas estricto silencio, la obediencia que le manda hablar, descubrió en él un tesoro que nadie hasta entónces habia conocido. Habla en efecto Antonio por mandado del obispo de Forli en presencia de un concurso de sabios; y tantas son y tan radiantes las luces que esparce sobre los puntos mas difíciles de la teología expositiva, dogmática y mística, tal el magisterio con que desenlaza las dificultades, tal la facilidad con que propone las cuestiones, tal en fin la copia de erudición que vierte, que deja admirada á toda la asamblea. El concilio de Roma presidido por Gregorio IX exige su presencia; Antonio despliega sus labios, derrama á torrentes la sabiduría, y se hace acreedor á que

el soberano pontífice le apellide Arca del Testamento en quien se hallaban encerrados los Libros santos. Y en efecto, si la Biblia se hubiese perdido, hubiérase hallado toda en la prodigiosa memoria de Antonio.

Elegido por el seráfico fundador primer lector de su órden, su ciencia es semejante á una raíz fecunda de donde un día debe brotar un árbol frondoso, cuyo follaje abrigará á muchos bajo su sombra, y de cuyas ramas cogerán los mas opimos frutos innumerable multitud de ingenios eminentes. Preguntad sino á los Buenaventuras, á los Alejandros de Ales, á los Escotos, á los Bernardinos de Sena, á los Aureolos, á los Macedos, á los Okamos, en dónde bebieron las puras aguas de la ciencia que despues vertieron á raudales en sus inmortales predicaciones. Preguntad á las mas célebres universidades de Europa, de dónde tomaron los materiales con que fabricaron esos inexpugnables baluartes que han defendido en los siguientes siglos los intereses de Dios y de su iglesia. Preguntad á quién es deudor el universo católico de esa produccion exótica y singular en su género, las Concordancias morales de la santa Biblia, obra admirable y capaz por sí sola de immortalizar á un hombre? Preguntad... Mas no es menester; todo el mundo sabe que Antonio es el autor de todos estos servicios insignes hechos á la iglesia, á la humanidad, á la literatura, á la civilizacion europea. No hablaré pues de sus sermones dominicales, cuadregesimales y panegíricos. No haré mención de sus elogios de la Virgen, en los que se hallan estampados los mas tiernos afectos de un corazón enamorado; en los que creierais leer el lenguaje de un Salomón encareciendo las bellas dotes de la esposa de los cánticos; en donde no echariais de ménos ni la solidez, ni la dulzura, ni el fuego de los Bernardos, Ildefonsos, Anselmos, Villanuevas y Benicios. En donde... Mas no es posible continuar; el tiempo urge. Antonio es un verdadero sabio, un doctor consumado, un órgano del Espíritu santo, como le apellidó el ilustre Vicente Vereclense, una luz, en suma, enviada por Dios á las gentes para llenarlas de sus resplandores: *dedi te in lucem gentium*. ¿Y acaso se apagó esta antorcha luminosa con la muerte? No; su lengua á pesar de la corrupcion de todo su cuerpo, queda ilesa é incorruptible. Su sepulcro es una piscina saludable para toda clase de dolencias. Sus reliquias son un arma poderosa contra las potestades del averno. Su

nombre es un baluarte contra todos los tiros de la impiedad. Á su invocacion los leprosos sanan, los ciegos ven, los muertos recobran la vida. Nada hay de sorprendente en que los pueblos se disputen la posesion de sus preciosos restos; en que los monarcas ansien una partecilla de su cuerpo; en que los Guidos, Inígos, Manriques y Margaritas de Austria se manifiesten sus clientes y devotos; en que el paduano, el veneto, el conománés, el vicentino, el longobardo, el esclavon, el aquileyense, el alemán, el húngaro, el español, el frances, los pueblos todos corran con avidez á derramar sus preces ante su sepulcro, y que todo el orbe le aplauda, le venera y le tribute obsequios, porque fué mártir, vírgen, confesor, doctor, apóstol, predicador evangélico... en una palabra: luz enviada por Dios á derramar sus esplendentes rayos sobre multitud de gentes, provincias y naciones: *dedi te in lucem gentium.*

¡Oh luz brillantísima, astro refulgente del católico hemisferio! Desde esa mansion de eterno placer donde disfrutas de la vista clara de la Divinidad, no ceses de derramar tus resplandores sobre los que aún habitan esta tierra cubierta de las tinieblas y sombras de la muerte. Manifiesta tu valimiento en la presencia del Señor para con tus devotos y clientes, tú que mientras viviste fuiste el amparo universal de cuantos recurrían á ti en sus miserias é infortunios. Experimente el pueblo cristiano que no es vana y estéril la universal confianza que en tus méritos é intercesion coloca. Alcánzanos del Señor omnipotente una fe viva, una esperanza firme, una caridad inextinguible; gracia en fin para servirle y agradarle en el tiempo, y merecer por este medio disfrutar de su gloria en la feliz eternidad.

SERMON

DE SAN ANTONIO DE PADUA.

(DE SANTANDER.)

Dilectus Deo, et hominibus Moyses.
Eccl., c. 45. v. 1.

Moises el amado de Dios y de los hombres Este es el magnífico élogio que dió el Espíritu santo en el capítulo XLV del Eclesiástico á aquel hombre extraordinariamente grande y admirable. No alaba á Moises por haber sido un hombre criado entre las delicias del palacio de Faraon, y que no se contaminó con el fétido ambiente de las adulaciones que frecuentemente circulan por los palacios de los príncipes. Tampoco dice que Moises fué un hombre que abandonó las riquezas y entretenimientos de la corte, por no perderse en ellos; y que viviendo retirado en el humilde ejercicio de pastor de ovejas, fué elegido por el mismo Dios para espanto de Faraon, terror de todo el Egipto, libertador famoso del pueblo santo, conductor y legislador suyo en el desierto, y en cuya mano, armada de la vara de los prodigios, brillaba todo el poder del Omnipotente. En nada de todo esto demuestra el autor sagrado el carácter de este hombre heróico, sino que pasando con un conocimiento sublime por encima de todas estas maravillas, le da á conocer á todas las generaciones por un hombre que era al mismo tiempo las delicias de Dios y de los hombres: *Dilectus Deo, et hominibus Moyses.*

Y á la verdad, señores, ¿qué cosa mas grande podia decirse de Moises? Porque hacerse un hombre amigo de los hombres, siguiendo las máximas del mundo, teniendo parte en sus desarreglos, siendo cómplice en sus vicios, no contradiciendo sus